

EL EVANGELIO DE JUAN

Este evangelio, lejos de ser un recorrido por los hitos de la vida de Jesús, es un tratado teológico sobre la naturaleza divina de Jesucristo y una narración histórica sobre los hechos que se constituyen en medios de prueba de esta declaración fundamental del apóstol Juan.

AUTOR.



El apóstol Juan escribió este evangelio, pero en un principio, la crítica moderna dudó de su autoría porque se refiere a sí mismo dentro de este escrito como “el discípulo al cual Jesús amaba”, usando la tercera persona gramatical; pero él lo aclara al concluir su escritura en el cap. 21: 24 diciendo que es de su propia autoría, además, en el desarrollo de este evangelio hay muchas observaciones que corresponden a un testigo ocular de los hechos relatados; como, por ejemplo, el gran conocimiento sobre la geografía de la provincia de Judea, las

costumbres judías (la fiesta de la dedicación del templo, Juan 10:22) y los relatos sobre conversaciones que Jesús tuvo sólo con su círculo más cercano al que pertenecían: Pedro, Jacobo y Juan.

Juan y su hermano Jacobo, fueron apodados los “Hijos del Trueno” por Jesús (Mar. 3:17), su madre era Salomé, hermana de María, madre de Jesús (Juan 19:25). El apóstol tenía alrededor de 25 años cuando fue llamado a seguir a Jesús y previamente había sido seguidor de Juan el Bautista. Juan era un comerciante acomodado, socio de una pequeña empresa de pesca que contaba con trabajadores (Mar. 1:16-20), tenía una casa en Jerusalén (Juan 19:27) y era conocido del Sumo Sacerdote (Juan 18: 15-16).

A pesar de que en un inicio se muestra con un carácter fuerte, impulsivo (Marcos 9:38, Lucas 9:54), y ambicioso, (Marcos 10:35- 37) su transformación paulatina durante su discipulado con Cristo hizo que Jesús lo amara por sobre los otros, le encargara a su madre, fuera el último en morir, estuviera al frente de su iglesia y le revelara doctrinas profundas y verdades teológicas contenidas, principalmente, en su evangelio y en el libro de Apocalipsis. Es el segundo escritor más prolífico de las Escrituras griegas, luego de Pablo. Después de la

muerte del Señor, fue uno de los más importantes líderes de la Iglesia de Jerusalén junto a Santiago y Pedro. Transcurridos algunos años, Juan estuvo frente a la Iglesia de Éfeso, alrededor del año 70-81 donde presumiblemente escribió el evangelio, lugar donde fue apresado durante la persecución del emperador Domiciano y desde donde fue exiliado a la isla de Patmos, fue en este lugar en donde escribió las dos últimas cartas y el Apocalipsis.

ESTILO DE ESCRITURA.

Si bien es un tratado teológico que parte con la aseveración que Jesús es Dios, es también una narración que complementa las ópticas descritas en los evangelios sinópticos, porque si bien no incluye las parábolas, narra dichos y milagros del Señor Jesús que lo revelan como Dios; pero también profundiza en el ministerio del Señor Jesús al tratar con toda claridad que es el amor aquello que caracteriza las acciones de Dios el Padre y Su Hijo hacia su creación y que, por lógica, es lo que debe caracterizar a sus hijos porque será la base de Su iglesia (Juan 3: 16-19; Juan 13:34-35). También ocupa consistentemente la analogía de la luz en contraposición a las tinieblas para graficar la verdad de Cristo dada a la humanidad con el objetivo de vencer el sistema de mentiras construido por Satanás en el cual el mundo permanece cautivo, sistema al que Su Hijo no pertenece como tampoco quienes creen en Él, gracias a la comprensión de la verdad que vino a comunicarnos.

Es un evangelio de carácter universal, pero Juan también escribe para los judíos principalmente, después de la destrucción del Templo en el año 70 d.C., porque este evangelio responde a las tensiones que prevalecían en la Iglesia como consecuencia de los que se aferraban estrictamente a la Ley ritual, lo que explica su tono enfático y argumentativo en algunos pasajes.

Juan aclara el propósito evangelístico y apologético de su escrito, en Juan 20:30-31 dice: ***“Hizo Jesús muchas otras cosas en presencia de sus discípulos, que no están escritas en este libro. Estas empero son escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios y, para que, creyendo, tengáis vida en su nombre”.***

Juan escribe para evangelizar, pero con la firme intención de establecer la naturaleza divina de Jesús mediante la descripción de acciones y dichos de su maestro, (Juan 8:58 y 10:30) entonces creer esta verdad trae como resultado recibir la vida eterna; porque implica, necesariamente, haber comprendido a cabalidad el mensaje de Jesús y la magnitud de su sacrificio al renunciar a tal poder y autoridad, hasta el grado de aceptar la muerte por la humanidad. Este evangelio contribuye significativamente a la doctrina de la Divinidad, complementando con información fundamental, breve y concisa que la divinidad es un género diferente al que pertenecen exclusivamente Dios Padre y su Hijo Jesucristo, estableciendo una verdad que para los judíos no conversos era considerada una blasfemia

y abre una gran polémica también ahora para las religiones que se dicen cristianas, sin embargo, enseñan como divinidad una trinidad que no aparece en las SS.EE. o muestran a Jesús como un ser creado, similar a los ángeles.

Prólogo: Divinidad de Jesús, Juan 1

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas; y sin él nada de lo que es hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz en las tinieblas resplandece; más las tinieblas no la comprendieron. Fue un hombre enviado de Dios, el cual se llamaba Juan. Este vino por testimonio, para que diese testimonio de la luz, para que todos creyesen por él. No era él la luz, sino para que diese testimonio de la luz. Aquel era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por él; y el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos los que le recibieron, dióles potestad de ser hechos hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, más de Dios. Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. Juan dio testimonio de él, y clamó diciendo: Este es del que yo decía: El que viene tras mí, es antes de mí: porque es primero que yo. Porque de su plenitud tomamos todos, y gracia por gracia. Porque la ley por Moisés fue dada: más la gracia y la verdad por Jesucristo fue hecha. A Dios nadie le vio jamás: el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le declaró...”

Juan redacta su evangelio de forma deductiva, parte enunciando la principal idea en no más de 18 versos y, lo que describirá a continuación, es una batería de pruebas irrefutables sobre la que se cimenta esta única verdad: “Jesús es Dios” y ha estado presente desde antes de la fundación del mundo.

Desde el primer verso, Juan establece un vínculo con la cultura judía- la esencia del nombre- y presenta al Hijo de Dios como “VERBO”, es decir, añade un sema fundamental al Hijo de Dios, desde la primera declaración. Recordemos que el nombre, en términos bíblicos, tiene la relevancia de contener la esencia de quien lo porta, es una especie de definición que alude a una característica esencial. El término “verbo” en la traducción española, proviene de la voz griega “LOGOS” que quiere decir, “la razón universal que subyace a todas las cosas”, en otras palabras, este nombre en particular define la función que desde un principio tuvo el Hijo de Dios: ser el Creador de todo lo que existe. Aquí el apóstol Juan declara que el Hijo de Dios es el ejecutor de la creación y agrega: en el momento que se inicia el proceso de la Creación, este momento crucial en la eternidad, el Hijo de Dios estaba presente, Él estaba con Dios el Padre y también era Dios. El Hijo de Dios (Verbo) creó todo lo existente y en Él estaba la fuente de la vida que hizo posible que la humanidad exista y generó las condiciones óptimas para su conservación; luego lo describe como “luz que alumbra a todo hombre en este mundo” capturado por Satanás y reitera de manera enfática que el mundo fue hecho por Él, pero el mundo lo rechazó. Describe en pocas frases la historia del Hijo de Dios, que, siendo el ejecutor de la creación, se hizo un hombre común

sujeto a todas las leyes que rigen nuestra existencia para permitir que la humanidad tuviese la oportunidad de conocer a Dios – su ministerio – sin embargo, su pueblo no lo reconoció, lo que sabemos que estaba previsto para abrir dicha posibilidad a todos los no judíos.

En este apartado aparece también el término “Unigénito” que es importante explicar. Este término, del griego “monogenes”, significa “único en su clase” porque el Señor Jesús, según lo que establece Juan en este evangelio, tiene una naturaleza única y divina que comparte solo con Su Padre, siendo el único concebido directamente de Él y enviado para la redención de la humanidad. A diferencia de los humanos o ángeles, el Hijo unigénito no fue creado y existe desde antes de la creación, lo que por sí solo establece su divinidad.

Relatos clave: encuentro con Nicodemo, conversación con la mujer samaritana.

En el capítulo 3 y 4 aparecen dos relatos que no están registrados en los otros evangelios; el primero corresponde al encuentro que tuvo Nicodemo, un fariseo y miembro importante



del Sanedrín, con el Señor Jesús. En esta conversación Nicodemo reconoce a Jesús como proveniente de Dios, debido a los milagros que realizaba y Jesús le declara la importancia de “nacer de nuevo” para entrar en el reino de Dios, lo que significaba que no era suficiente creer en Él, el bautismo era el paso necesario que permitiría dejar atrás el sistema del mundo y recibir el espíritu santo, el don de Dios que permite transformarnos en una persona nueva, puesto que de otra manera la salvación no sería posible, porque

sólo a través del espíritu es que se pueden entender los designios de Dios y la misión que el Hijo de Dios tenía como responsabilidad, no mediante la circuncisión que primaba hasta ese momento y que muy bien conocía Nicodemo, era necesario que lo que demostrara la identidad y pertenencia al Israel espiritual (Romanos 2: 27-29) en esta nueva etapa (pacto), no fuese sólo una marca en el cuerpo; sino un sello espiritual, el bautismo, porque de esta manera quienes desean ser hijos de Dios manifiestan comprender la transformación de la ley en este nuevo pacto y lo que significa realmente el sacrificio de nuestro Señor Jesús por la humanidad.

Este discurso se retoma más tarde cuando el Señor Jesús visita la tierra de Samaria. En el capítulo 4 de este evangelio, el Señor Jesús decide volver a Galilea y en este recorrido fue necesario pasar por territorio samaritano, llegó a la ciudad de Sicar y se sentó junto a un pozo, es en este momento que tiene lugar el encuentro con una mujer samaritana, el segundo relato que también sólo lo podemos leer en este evangelio. Este episodio único recopilado por Juan, tiene la singularidad de mostrar el pensamiento de Jesús que rompe con barreras sociales y religiosas de la época, pero que ejemplifican cómo el Hijo de Dios se relacionará en esta nueva etapa con



la humanidad: **no hay acepción de personas** ni habrá en un futuro cercano, **un lugar exclusivo para adorar a Dios**, como había sido hasta el momento, siendo totalmente coherente con su ministerio porque a partir de su sacrificio, se sentarían las bases de una iglesia universal ya no circunscrita al territorio de Israel.

Según avanza el diálogo entre ambos, la mujer reconoce que no está frente a un judío común, porque conoce su vida en detalle y Jesús por su parte, en primer lugar, le habla a una mujer, lo que no se hacía en la sociedad de aquel entonces por considerarlas inferiores, lo que queda bastante claro por la actitud que muestran sus discípulos cuando ven esta situación. (cap.4:27) Es muy conocida la enemistad histórica entre judíos y samaritanos; sin embargo, Jesús no repara en esto, ni menos en su género para hablar con la mujer, dejando de manifiesto que la considera digna de su atención; pero, cuando ella desvía la conversación hacia quién está adorando a Dios correctamente, aludiendo a las disputas entre samaritanos y judíos; el Señor Jesús muestra con precisión que el pueblo judío tiene algo importante a su favor, “nosotros adoramos lo que sabemos porque la salvación viene de los judíos”, no hay que olvidar toda la historia que relatan las SS. EE. Aquí el Señor Jesús declara dos puntos fundamentales; en primer lugar, los hijos de Dios saben a quién adoran con total certeza y, en segundo lugar, y no menos importante.... Jesús era judío, el Cristo, el Mesías prometido nació en el pueblo escogido por Dios. El Señor Jesús en ningún momento desconoció la supremacía de su pueblo, porque así estaba escrito por los profetas, a pesar

de que ellos no iban a reconocerlo como el mesías prometido, esto estaba previsto para posibilitar el advenimiento de los gentiles (Romanos 11:25).



Retomando lo medular del diálogo entre la mujer samaritana y Jesús, Él establece como punto principal saber quién es realmente Dios, sus hijos saben a quién adoran y continúa diciendo: ***“más la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es espíritu, y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren”***. Es lógico pensar a partir de esta declaración, que los hijos de Dios conocen a Dios y tienen la verdad revelada en las SS.EE.; sin

embargo ¿Cómo se puede adorar a Dios “en espíritu”, si aún somos seres mortales? Esta respuesta fue la que dio Jesús a Nicodemo y lo aclaran los dichos de Juan el bautista en los primeros capítulos de este evangelio como también lo podemos comprobar en Mateo 3:11: ***“Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mí, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderoso que yo: él os bautizará en Espíritu Santo y fuego”***. Con el Señor Jesús y la corrección que debía aplicarse a la ley de los sacrificios que imperaba hasta su muerte, quienes lo reconocieran como el Mesías, el Hijo de Dios y procedieran al bautismo (nacer de nuevo), recibirían el don del espíritu santo, una fracción del poder de Dios necesaria para comprender a Dios, combatir el mal y poder adorarle en espíritu y en verdad; cuestión que no había ocurrido antes, sino de forma muy parcial como está registrado en el libro de los Hechos cuando Pedro pronuncia su discurso, aludiendo a la profecía descrita por Joel 2:23-28 en donde alude a la recepción del espíritu santo. Juan incluye ambos relatos para que comprendamos la verdadera dimensión del ministerio del Señor Jesús, esto es que se iniciaba una nueva etapa que contempla una Iglesia universal, sin acepción de personas, con un conocimiento certero y profundo de Dios y cómo acceder a Él, reconociendo como punto central que Dios el Padre y Su Hijo “una cosa son” como lo expresó el propio Señor Jesús.

Las principales declaraciones del Señor Jesús sobre sí mismo.

Jesús en varias oportunidades se nombra a sí mismo como “Hijo del Hombre” aludiendo directamente a que su ministerio en la tierra se sustentó en una verdad pragmática y ejemplar para el género humano: en su calidad de Dios no aprovechó esta condición, por el contrario, se despojó voluntariamente de su anterior poder para ser semejante a los hombres (Filipenses 2: 6-11) y en esta condición, luego de su paso por la tierra, ser capaz de declarar con toda autoridad: ***“Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo”*** (Juan 16:33) Él venció el mal, constituyéndose en un ejemplo y en un sacrificio perfecto e irrepetible por lo que supera a la forma en que se pagaban los pecados durante el primer pacto y que requería de la ley de los sacrificios.

Otras declaraciones realizadas durante sus conversaciones y predicaciones conforman un conocimiento de lo que vino a establecer en su paso por la tierra, usa la fórmula divina “Yo Soy”, pero sólo una vez evocando el nombre de Dios revelado a Moisés en Éxodo 3:14 que declaran su esencia divina y su importancia en el proceso de conversión de todos aquellos que quieran aceptarlo.

DECLARACIÓN	CITA	SIMBOLISMO
Yo soy el pan de vida	Juan 6:35	Cristo, fuente de sustento espiritual
Yo soy la luz del mundo	Juan 8:12	Jesús guía a los que le aceptan hacia la verdad
Yo soy la puerta	Juan 10:9	Debemos aceptar a Jesús para acceder a la salvación
Yo soy el buen pastor	Juan 10:11	Dio su vida por el “rebaño”
Yo soy la resurrección y la vida	Juan 11:25	Gracias a Su sacrificio, es posible vencer a la muerte.
Yo soy el camino, la verdad y la vida	Juan 14:6	Comprender quién es Jesús, abre la posibilidad del conocimiento de Dios.
Yo soy la vid verdadera	Juan 15:	Jesús da acceso a la salvación

El evangelio de Juan no se limita a relatar hechos extraordinarios de Jesús, sino que los convierte en **signos** que revelan su verdadera identidad. Desde el prólogo, Juan establece el tono: ***“En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios”*** (Jn 1:1). Con esta afirmación, cada episodio posterior se convierte en una demostración de la divinidad de Cristo.

El primer milagro, en las bodas de Caná, es descrito como el inicio de sus señales. Transformar agua en vino no es solo un gesto de generosidad, sino una manifestación de poder creador. Juan concluye: ***“manifestó su gloria”***. Así, los lectores entendemos que detrás de la acción está la revelación de la gloria divina.

A medida que avanzamos, los milagros se intensifican en significado. La sanación del hijo del funcionario muestra que la palabra de Jesús es suficiente haciendo alusión directa a su estatus de “Verbo o Logos”: su voz tiene autoridad sobre la enfermedad. En Betesdá, al sanar al paralítico, Jesús se presenta como Señor del sábado, no es un simple sanador, sino el Hijo que muestra a su Padre a través de sus acciones y comparte la misma misión divina.

La multiplicación de los panes abre un discurso más profundo: Jesús no solo alimenta, sino que se revela como el “Pan de vida”, que es coherente con la transformación a la ley que acontecería con su muerte siendo Él el cordero y el pan (Mt. 26:26). El milagro es el punto de partida para comprender que el Señor Jesús es el sustento para quien le busque. Del mismo modo, al caminar sobre el agua, Jesús se muestra como el señor de la creación, aquel que domina lo que para los hombres es incontrolable.

El signo del ciego de nacimiento es particularmente revelador. No se trata solo de devolver la vista, sino de mostrar que Jesús es la “Luz del mundo”. La curación física es símbolo de una iluminación espiritual que solo Dios puede otorgar. Y en la resurrección de Lázaro, el clímax antes de la pasión, Jesús proclama: *“Yo soy la resurrección y la vida”*. Dar vida en medio de la muerte es prerrogativa divina, sin embargo, jamás se atribuyó algo, sino que su poder, en su calidad de “Hijo del hombre” proviene de su relación con Su Padre.

El evangelio de Juan construye un camino narrativo en el que cada milagro es un signo que apunta a la divinidad de Cristo. No son actos aislados de poder, sino revelaciones progresivas que culminan en la confesión de fe. Juan mismo lo declara al final: *“Estas cosas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre”*.